

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Punible pasividad

Cruzarse de brazos y reclinarse muellamente en domésticas comodidades cuando supremos intereses peligran, merece el estigma de la reprobación más dura.

Tal manera de proceder es desconocer completamente los altos deberes que nos impone el bien de la sociedad, la cual nos enriqueció con los derechos de que gozamos.

Es muy justo, pues que los que de éstos participan, se muestren más celosos en el cumplimiento de aquellos de cuya exactitud depende el saneamiento, la vida, el florecimiento y el equilibrio sociales.

El resultado de todas estas anheladas bellezas y sublimidades es fruto del esfuerzo llevado a cabo por todos y cada uno de los elementos integrantes de esta gran solidaridad, a la influencia maravillosa, única salvadora, del cristianismo.

Todos los esfuerzos de todos los hombres, no dirigidos por esta pauta, han engendrado mil disparejados sofismas. Admitida esta influencia, pero entregados los elementos sanos a la apatía y a la indolencia, la zizania del error, seguirá a la acción corrosiva de la corrupción, orín inevitable en toda arma y herramienta no brufida por el continuo ejercicio. En uno y otro caso, las consecuencias son graves, y la responsabilidad pesa enormemente sobre sus causantes.

A mayor abundamiento de error y crimen, corresponde mayor imputación y mayor responsabilidad, por su inacción, a cuantos recibieron energías y medios para sembrar la verdad y el bien rodeando la sociedad de un ambiente saludable y confortador de paz y de justicia.

Y esto aún a costa de nuestro egoísmo y bien individual; cuanto mayor sea el bien general que hayan de producir, mayores sacrificios particulares se nos exigen.

R. DEL E.

CONSULTA

EL CINE

—Por Dios, Padre! Usted exagera!
—¿Que exagero?

—Si señor.

—Pues bien, don Leonor, usted hará lo que quiera; pero yo ya le previne cuando me hizo la consulta de los que siempre resulta de llevarlas mucho al "cine".
—Pero...

—Usted me ha preguntado si la puede usted llevar; y yo debo contestar lo que ya le he contestado.
—Pero si es una inocente... si ni siquiera conoce...
—¿Cuántos años tiene?

—Doce.
—¿Doce años? y usted consiente que a esa edad vaya a aprender, como aprenden las demás, muchas cosas que jamás, debía nadie saber?

—¡Pero por Dios, señor Cura! ¡una niña angelical...

—Por eso hace tanto mal a la pobre criatura.

—¿Y la pobre se divierte tanto? ¡Si la viera usted!

—Lo creo, pero a la vez su corazón se pervierte. Y usted con esa imprudencia de llevarla a un sitio así, conseguirá usted que allí algún día su inocencia se quede y allí concluya de vivir, como acabaron otras muchas que llevaron como lleva usted la suya.
—Pero oiga usted...

—¿Qué le pasa?
—Pues que muchas veces quiero ir al cine; y yo prefiero llevarla a dejarla en casa.
—¡Ah! ¿es por eso?

—Sí, por eso; con la pólvora que trae, si la dejo, se me cae, y se me rompe algún hueso.
—¿Usted me entiende?

—Muy bien; ¿de modo que a usted le gusta?

—Sí, señor.

—Y no le asusta?

—No, señor.

—Pues ya se ven escenas...

—¿Por Dios, don Santos! que, ¿yo también pecaré?

—¿Qué ha de pecar? Ya está usted curada de esos espantos.

—¿De modo que yo iré?

—Si.

—¡Ay, Padre! ¿y si me condeno?

—No importa; aquello está lleno de madres que son así.

X. Y. Z.

Estudios Sociales

Tomamos de una Pastoral del señor Arzobispo de Zaragoza:

Lo que no podemos pasar en silencio, y acerca de lo cual levantamos nuestra voz de amon-

te Prelado, es la reprobación de los espectáculos inmorales de cualquier género que se ofrezcan, de los juegos prohibidos, tanto por la moral cristiana, cuanto por las leyes civiles, y principalmente queremos preservar de ese desbordamiento en los trajes y stavíos que constituyen ese lujo que apareja y trae consigo la ruina de las casas, la vergüenza y el cortejo de los más grandes vicios.

El mundo, en estos casos, suele hacer justicia con los que se entregan al desmedido lujo. Por lo general, luego que se satisface la curiosidad del transeunte, o la de las personas que observan, se suele mirar con burla y desprecio al hombre, y más a la mujer, que con su excesivo lujo y adorno esperaba se fijasen en ellos las miradas de las gentes. Justo castigo de Dios, dice San Gregorio, por haber presumido que así se captarían las generales atenciones. Jezabel imaginó que adornándose con toda la exageración posible, agradaría al Rey Jehú, y el Rey, sin embargo, dispuso la precipitase al suelo desde una ventana. Esto mismo suele suceder a las personas que se proponen ocupar la atención pública con el excesivo lujo de sus adornos y vestidos. Las lenguas, que nada perdonan, suelen arrojar desde la ventana de su soberbia al suelo de su humillación especialmente a las mujeres que van haciendo fastuosos alardes de lujo y de vanecimiento. Unos suelen entonces recordar que aquella que así se adorna, tiene por acreedor al comerciante; otros publican que con tan desmedido lujo ha logrado tomar en una casa de empeño sus alhajas más estimables y sean hipotecadas sus fincas; otros manifiestan que los atraesos de la familia tienen por origen aquellas deslumbradoras exterioridades; aquellos revelan que los maridos y padres honrados se ven en la precisión de no serlo, a fin de sostener semejantes apariencias. Muchos deploran la suerte de los hijos, cuyas madres consumen lo que debiera ser luego la base de su subsistencia; al-

gunos indican maliciosamente el origen poco puro de todo aquel brillo, y aún en la parte corporal suelen hacer patentes las faltas que van veladas o mal cubiertas con aquellos preciosos adornos; y no falta quien suele afirmar que, temiendo consuma en lujo el fruto de sus trabajos, no se ha acercado a la fastuosa joven persona alguna aspirando a tenerla por esposa y compañera.

El lujo hace que nos olvidemos de Dios, impide que sea oída su voz, destruye el sentimiento de Justicia, nos hace insensibles a las desgracias de nuestros semejantes, debilita y destruye los imperios, es ocasión de que perdamos la sabiduría, nos aleja absolutamente de la virtud, y conduce a segura perdición. El lujo fomenta el fuego de la vanidad, de que él es efecto, exalta fuertemente las propias pasiones, convierte en volcán el amor propio, especialmente de la mujer causa en el ánimo de los que no pueden satisfacerle una inquietud y rabia que hacen de su vida un perpetuo tedio; aleja infinitamente de la devoción y del recogimiento; y es, en una palabra, la gran red que el demonio tiene extendida en el mundo para coger a las almas.

El secreto del francmasón

Un venerable religioso. Paciente refiere el siguiente suceso: «En Brooklyn (Estados Unidos) fui llamado para asistir a un moribundo. El paciente era un alemán al que había tenido ocasión de encontrar varias veces. Su hijo único, excelente católico, me previno que su padre era francmasón.

«Después de verle en confesión, le pregunté si había pertenecido a alguna sociedad secreta.

—Sí, padre, soy francmasón, pero ya sabe usted que en América eso no es malo.

—¿Está usted equivocado—le dije.— La francmasonería está condenada en todas partes. Le preciso que se retracte usted de lo que la hubiese usted prometido y que me entregue usted las insignias que tenga.